

Visita
al territorio de

Caroline Lamarche



UNA SOMBRILLITA CLAVADA EN LA NATA

Durante mucho tiempo creí que serías como ese perro que vi hace unos seis meses en la autopista: un animal que se ha vuelto sordo y ciego de pánico y abandono. En ese momento me sentí mal, y creí que era por el perro. Luego pensé que sufría por ti, por aquello en lo que ibas a convertirte. Detuve el coche. Si hubieras visto cómo gritaba: «¡Ven! ¡Ven!», con qué desesperación, y también con la esperanza de que el perro me respondiera, viniera hacia mí, se refugiara en mis brazos. Pero no pude. Grité, aullé, lloré. Y él continuó su alocada carrera.

El día del perro iba de camino a nuestra cita, que sería la última y había bautizado de antemano «cita de ruptura». Me había puesto mi impermeable rojo, el que tanto te gustaba. En el coche, por la autopista, pensaba por cienmilésima vez que tenía que dejarte, tenía que deshacerme de aquella cosa que me quitaba las defensas una detrás de otra como se despoja a alguien de sus ropas, aquella cosa que me dejaba desnuda y frágil: el Inmenso Amor.

En mi tierra, el agua está fría incluso en verano. Hace años que paso el invierno en la costa. Y me baño cada mañana. Cada mañana pasa lo mismo: la maravilla del agua fría. O mejor: la prueba, y de ahí la maravilla. Entrar es un calvario. Entrar supone una larga pausa, desnuda, con el viento, mirando las olas: cada mañana es el mismo miedo, la misma mirada hacia una masa hostil pero tan bella. Cuando el viento ya no quiere nada de mí, penetro en las olas. Es más fácil —o quizá menos difícil— escoger un día de tormenta. Así es también el Inmenso Amor: ¿nos entregaríamos a él si no tomara la apariencia de una salvajada sin nombre? Los días de tormenta entro casi con facilidad. Inmediatamente el frío me atrapa y se me bloquea la respiración mientras el corazón se pone a latir furiosamente. Entonces

grito, agito brazos y piernas, sufro y me debato entre la tentación de salir del agua y el deseo de nadar un poco más para conocer una vez más el pasaje: ese breve momento donde la embriaguez se vuelve real, la circulación de la sangre se aviva y me propulsa hacia un estado próximo a la exaltación. Pero pronto la droga del frío empieza a hacer su efecto. Un bienestar se instala en mí, tan poderoso que podría morirme, dejarme lanzar y arrojar indefinidamente por las olas hasta la extenuación final. Todo estriba en salir a tiempo. Y ese momento es tan difícil de determinar como para un bebedor el de parar de beber. Demasiado pronto, no se llega a la embriaguez, y se emerge chorreando con la sensación de haber estropeado el día. Demasiado tarde, aparecen la hipotermia y los temblores a pesar de las duchas calientes y el café ardiendo. Sí, cuando el frío está en los huesos, es demasiado tarde. La excitación está ya muerta, queda solo el deseo miserable de calentarse durante todo el día.

Por eso me dirigía ese día, el día del perro, a una cita que había llamado «cita de ruptura», como se sale de un agua fría que, al fustigarnos la sangre, nos ha dado toda su fuerza y solo espera un poco más para destilar su poder de adormecimiento. Conozco la ciencia de los momentos. Parece que los hombres no la desarrollan nunca, siempre debo tenerla yo por ellos.

Tú fuiste a esa cita, estoy convencida de ello, tan confiado como si fueras al baño. Al menos esa es la idea que me hago, quizá para consolarme en cuanto a mi propio heroísmo: muchas veces es lo único que me queda cuando una historia se termina y lucho por salir adelante. Hay que dejar un amor mientras aún cocea la sangre. Después es demasiado tarde, y solo quedan el frío intenso y la tristeza del condenado.

Cuando vi a ese perro, pensé en ti, en aquello en lo que te convertirías cuando pronunciara las palabras de ruptura igual que al salir, sin mirar atrás, de un agua helada que se ha vuelto droga, se ha vuelto látigo, se ha vuelto risa en la sangre. Empezarías a correr, abandonado, correrías por delante de la muerte, sordo y ciego, con el dolor martilleándote las sienes y cubriéndote la mirada.

En realidad, no tienes nada que ver con todo esto. El perro, sí; y yo, quizá. Yo, que te abandonaba, me convertía en abandonada. Es así.

He buscado en la iconografía alguna representación que se acerque a la visión del perro en la autopista. No he encontrado nada en los libros que me regalaste cuando empezaste a trabajar como bibliotecario en el Museo de Arte Moderno. Mejor dicho, algo sí: un cuadro de Frida Kahlo que representa un pavo real de pie, corriendo, atravesado por las flechas. Aunque no se trate del mismo animal y la herida sea visible, con la sangre corriendo en abundancia por las heridas, la actitud es comparable: permanecer de pie en un estado de extrema angustia, correr en el umbral de la muerte. «Morir corriendo» también me parece el rasgo común de los animales representados en las pinturas rupestres. Pensándolo bien, el perro de la autopista se parecería más a la presa acorralada cuya belleza entera se revela en el momento de su muerte. La visión que conservo es tan emblemática como una pintura rupestre: tiene valor de exorcismo y de plegaria.

Corramos, corramos, para escapar del Inmenso Amor.

He llorado demasiado en tus brazos, estúpidamente, con el corazón hendido por la repentina revelación de que era una víctima magnífica, digna de una película romántica taquillera, candidata a un montón de Óscar. El orgasmo, y luego las lágrimas. No sabía que tenía tantas, una provisión inagotable. No sabía de dónde venían. Al ver al perro, lo supe. Alguien me abandonó hace tiempo. Desde entonces, he abandonado a todo el mundo.

El goce que siempre sobrevenía en nuestras citas era una expresión en tinte, exactamente en el momento en que nosotros queríamos. Podíamos conseguirlo de golpe, de pie contra la pared, con la ropa retorcida. O retrasarlo de cuarto en cuarto de hora, sobre una cama cada vez más deshecha. Bastaba con suspender la suave acción de las manos, las lenguas, los sexos, la acción insidiosa y progresiva. Suspender, retirarse, luego retomar y así, de rellano en rellano, algo inmenso se iba colocando en mi interior, un hervidero que alcanzaba todas las extremidades de mi cuerpo, tetanizaba los dedos, los pies, reducía la respiración al límite, a la apnea, al fondo del mar, donde cualquier movimiento desaparecía. Estaba muerta. Y a punto de resucitar. Hinchada como un brote un segundo antes de germinar. Una primavera filmada a cámara rápida, con todas las tumbas abriéndose al grito del ángel, una presa hecha añicos de golpe, una bomba

destruyendo una ciudad, sus murallas, las paredes de sus casas, los tabiques entre las piezas, los cajones del interior de los muebles, pulverizando los objetos más queridos, joyas, flores secas, perfumes, ennegreciendo las fotos, consumiendo cartas y libros, reduciéndolo todo a pergamino, papel desmenuzado al menor gesto, hoja muerta cayendo como polvo al simple eco de una voz.

Tu voz aparecía entre los escombros. En medio de un silencio absoluto, en la absoluta inmovilidad de la carne tras la resurrección, decías unas pocas palabras. Yo estaba tan desnuda, con el alma tan a flor de piel, que mis lágrimas salían a flote, y en su estela rodaban aún algunos de aquellos muros, tabiques, joyas y cartas, las últimas cenizas. Ya nada me protegía ni limitaba desde dentro, era un espacio vacío donde tu voz soplaba como el Espíritu sobre las aguas en el primer día de la creación.

Aquello no podía durar. A menos que uno sea Dios, no reproduce impunemente la creación del mundo una vez por semana.

Yo intentaba alzar muros: te interrogaba. Exigía que describieras exactamente tus sensaciones para convertirme en testigo a la vez que fuente. Pero tú preferías actuar en silencio. Me decías simplemente que era estrecha, y que te gustaba. Un día, tu rostro se encogió como el de un niño que se hace daño, y gemiste suavemente: «Soy tan pequeño...». Entonces supe que también habías llegado al fondo de ti mismo, un sol en un pozo, que temblaba en la superficie de un agua muy negra.

Tuve miedo. «¿Qué tengo de especial?», pregunté alejándome de ti. En ese momento, mi mirada se encontró por casualidad con mi imagen en el espejo que teníamos enfrente. Me vi al natural, sin premeditación, y me sorprendí ante una expresión decidida y a la vez frágil que me dejó sin aliento, me petrificó de admiración. De repente, me descubrí tal y como tú me veías. Entendí entonces por qué no soportabas que me alejara, y por qué te obedecía. A causa del Inmenso Amor, mi mirada se había vuelto tuya, estaba enamorada de mí misma.

Tras haber visto al perro, estaba tan impresionada que quise entregarme por completo a esa emoción, o, mejor dicho, me pareció que algo tan objetivamente banal como un amor que se termina no podía caber en las horas que seguían a la carrera atroz del perro. Mi mente estaba soportando

un inmenso tormento. Y pensé que si conseguía pasarlo sola, dejando que se extinguiera poco a poco, quedaría algo del orden de una revelación. Entonces, en lugar de acudir al bar habitual de nuestros encuentros para la cita de ruptura, fui al cine. No entendí nada, la película me pareció malísima. Estaba frente a la pantalla para dejar al tormento todo el protagonismo, simplemente para permanecer en la oscuridad, rodeada de personas preocupadas por otras cosas distintas de las mías, para que la ilusión superior de las imágenes me liberara de tu influencia, tu cuidado a cada instante dedicado a mí, tu pensamiento que colonizaba insidiosamente cada fibra de mi cuerpo, a cualquier hora del día. Quería entregarme al poder de aquello que el perro había despertado en mí, encontrar el núcleo duro de la desesperación que me había atrapado y que, en un primer momento, había atribuido al momento que vivía, el de un amor que se termina.

Salí del cine al final de la película sin haber encontrado el núcleo duro, ni la respuesta a la pregunta: ¿de dónde me viene esta desesperación? Simplemente esta frase. Un día me abandonaron. Sin embargo, ningún recuerdo acompañaba a esas palabras, nada concreto, solo la conciencia de que seguramente habrías esperado mucho tiempo en el lugar de la cita. Por lo menos te habrías bebido dos cervezas, antes de marcharte triste o furioso. Furioso, creo, te pega más, así es como me volviste a tener tantas veces, pero ahora ya me da igual tu furia. Ningún recuerdo, pues, más que el de haber agotado los cálculos acerca de tu desesperación, un hecho que se me ocurrió mientras me dirigía al coche, aparcado a doscientos metros del cine. Había empezado a llover, una lluvia fina que volvía más amarillo el alumbrado público y más sombrías las fachadas. De repente, mientras me disponía a atravesar rápidamente una calle mirando cómo parpadeaba el hombrecillo del semáforo, apareció una lucecita dentro de mí que también parpadeaba en señal de peligro. Y la luz tomó la forma no de un recuerdo, sino de un hecho objetivo que me contó mi madre: cómo pasó una depresión después de que yo naciera y contrató a un ama de cría holandesa llamada Lieve, la cual se ocupó de mí, al parecer, con una abnegación sin límites. Cuando Lieve nos dejó repentinamente para cuidar a su hermano, víctima de un accidente de tráfico, yo tenía nueve meses. Verse privada de

un ama de un día para otro, aunque fuera una niña sin memoria, puede considerarse como un abandono, o al menos como un accidente en el camino digno de atención, considerando que después he reproducido con fruición el mismo mecanismo: he desplegado una remarcable aptitud para abandonar algo o a alguien, en un momento dado, sin mirar atrás. «La necesidad hace la ley» es una de mis reglas de vida. La necesidad no es, por lo que me concierne, exterior a mí misma, como podía serlo para mi ama la necesidad de marcharse a cuidar de su hermano, sino interior: el final de un amor, por ejemplo. Desde que este se anuncia, me niego a beber de la fuente que ha hecho mis delicias. Quemo las cartas, destruyo las fotos, descuelgo el teléfono, paso el mayor tiempo posible fuera de casa. La nostalgia no tiene cabida en mi tierra. Queda reemplazada por la desolación de un paisaje desnudo, frío, por donde camino sola, negándome a compadecerme de mi suerte, repitiéndome que yo misma la he elegido, y con esa reflexión espero cauterizar al momento todas las heridas.

Yo elegí dejarte. Se trataba de una decisión racional, motivada por la altura de las olas, a la que no debía seguir ningún remordimiento, según esa usanza tan mía. Entonces, ¿por qué esa conmoción al ver al perro? ¿Por qué pensé que se trataba de ti? ¿Y por qué esa visión me persigue aún, sin tregua, acompañada —y eso me mata— por el recuerdo de tus manos, largas, cuidadas, posadas en mi cara, y del sonido de tu voz, ligeramente ronca, como a punto de volcarse en un registro nuevo, ideal, inaccesible, que yo imaginaba nuestro, la mezcla exacta de tu voz y la mía?

Un día, alguien me abandonó. Busco más allá de Lieve, más allá de mi madre enferma, busco más allá de mi infancia, y no encuentro. Lo único que sé es que nadie me acariciará nunca como tú, con esa dulzura, esa precisión que resumía mi cuerpo entero en mi rostro. Cuando tenías mi rostro entre las manos, lo tenías todo. Tu dedo en mi boca, tu lengua en mi oreja, era un coito discreto pero tan turbador como hacer el amor en una cama. Ese orgasmo facial, si se le puede llamar así, podíamos alcanzarlo en cualquier parte, en un coche, al fondo de un restaurante, sin llamar la atención. *Trabajar* en él lentamente, clandestinamente, me obligaba a ser muy consciente de todo lo que me rodeaba. En lugar de conducirme al centro de mí misma, como hacían las caricias corporales, los gestos

dedicados a mi rostro me abrían al mundo exterior, con una agudeza que me llevaba al borde del éxtasis. Un día en que estábamos ocupados dentro del coche, un fragmento de pórtico blanca suavemente iluminada se desprendió de una de las fachadas de la plaza y literalmente se acercó hasta mí como para animarme a alojar allí mi mente, la cual, cuando tú atentabas contra mi rostro, se desplazaba a voluntad en todas direcciones. En el mismo instante en que tus labios se posaron sobre mis párpados y me obligaron a cerrar los ojos, me sentí transportada a aquella delicada vitrina, a los claros artesonados cortando alegremente la grisalla de los edificios, y ahí ardí durante algunos minutos en un sereno resplandor de lámpara.

Hubo un malentendido. Tú decías y repetías que me amabas más que yo a ti. Que yo me dejaba amar, me protegía de las emociones fuertes, mientras que tú..., siempre a la caza, lleno de ansiedad, de esperanza y desesperanza... Nada de eso es verdad: lo sé desde que vi al perro en la autopista. Yo soy ese perro, y tú, su dueño. Lloré por ese perro. ¡Qué tontería! La piedad o el revés de la desesperación. Sentimientos edificantes para ocultar la carnicería. Un día, alguien me abandonó. El amor. El amor siempre nos abandona, aunque sea por un instante. Pero no, nos abandona desde el principio, en el mismo momento del júbilo. Ahí, ya, cuando el sol se ahoga en el pozo, hay un perro abandonado bajo el agua negra.

Me gustaría estrechar a ese perro entre mis brazos, arrebatárselo a la muerte, leer en sus ojos un reconocimiento eterno. No tener más que una tarea para toda mi vida: ocuparme de él con toda la atención de la que soy capaz. Serle fiel cada día, mediante los actos de alimentarlo, pasearlo, acariciarlo, hablarle a media voz o llamarlo a gritos, exigirle obediencia, y todo ello hasta la muerte, hasta que las fuerzas abandonen de verdad a ese animal que, mucho tiempo atrás, en una autopista, tanto luchó para sobrevivir. Sí, me gustaría ser la vestal de su desesperación y mantener la llama, venerar un cuerpo que se debatió tanto, y los músculos que un día serán débiles. Y cuando haya sonado la hora de la muerte para ese perro, seré yo la que, al estrecharlo contra mí, lo ayudará a franquear el umbral, y luego lloraré, como lloraba después del amor contigo: de una pena enorme, inexplicable, que me purificaba por el mero poder de su misterio.

Al final de la película, cuando se encendieron las luces, algunos espectadores se levantaron rápido y se marcharon con la mirada fija. Otros se quedaron sentados, con un pañuelo en la nariz y los ojos rojos. Yo ya no sabía quién era, cómo estaba, ni si me había gustado o no aquella historia edificante. Aún hoy sigo sin saber si odio o venero el recuerdo de nuestros cuerpos entrelazados.

Creo que tú estás bien, lo mejor posible. Ayer te vi por casualidad en la tienda de discos. Fuimos a tomar un café. Ya no nos queremos, lo tenemos asumido, y pudimos confesarnos nuestro alivio por que la historia hubiera acabado. Añadiste algo sobre la posibilidad de volver a vernos, como los mejores amigos del mundo. «Te aprecio mucho», dijiste, y ese sentimiento, si puede llamarse así, parece justificar tus ganas de verme en el futuro, de vez en cuando, para ir al cine o a tomar algo. Prolongar la comodidad de una complicidad adquirida en reñida lucha, experimentar el contacto sin peligro de unos cuerpos que ya no tienen nada que decirse. Ese tipo de cosas.

¿Somos sinceros, o simplemente jugamos con las apariencias, como se añade un saludo formal a una carta escrita con suma corrección? Nada complace más que los buenos sentimientos. En ese sentido, nuestra ruptura fue ejemplar. El día del perro no acudí a la cita que te había propuesto. Al día siguiente, un intercambio de mensajes acabó con la resistencia que nos quedaba, y morimos en algunas palabras sublimes sin volver a vernos. Al final, ayer en el café, seguros de nosotros mismos, dueños de la situación, dispusimos a nuestro alrededor algunas coronas mortuorias, decoradas con palabras bellas, manifestaciones edificantes de gratitud póstuma. «Fue tan bonito», «Nadie me comprende como tú», «Volvamos a vernos», «Sí, ¿por qué no?». Emplastos irrisorios. ¿Puede un herido contar con otro (tan herido como él)?

Si hubieras visto al perro, lo habrías entendido. Gritar, desgañitarse. Todo esto está por encima de mí, me estoy volviendo medio loca, delirante de angustia y dolor. Eso en el revés. En el derecho, se trata de una operación limpia, simple en apariencia, con la que pretendemos, desde hace poco, ponernos a prueba: sustituir el amor por la amistad. Curioso trasplante. Jamás conseguido, según la memoria de hombres y mujeres.

¿Somos pioneros, representantes de una nueva humanidad? Ayer por la tarde en el café, mientras te negaba mis labios por amistad, la radio hablaba de un nuevo juego: se trataba de hacer una declaración de amor a la papelera. «¡Oh, papelera!, tus formas torneadas..., la embriaguez procurada en tus desbordantes flancos...». Tú, sordo por mi presencia, en ese momento estabas abriendo las manos: entre ellas había un espacio de la anchura de mis caderas, y tus dedos separados recordaban la medida de mi cuerpo con tanto fervor que, sentada frente a ti, separados ambos por una mesa de formica y la carta de los helados, tenía la impresión de ver entre tus brazos mi cuerpo desdoblado, transparente, el fantasma del Inmenso Amor. Dijiste: «Eso... no me lo quitará nadie, nadie». Te negué mis labios, mi pecho se crispaba, mantenía las lágrimas en su sitio fumando un cigarrillo detrás de otro, y de repente una voz empezó a brincar dentro de mí, alegremente iconoclasta, una voz que susurraba: «¡Oh, Inmenso Amor! ¡Sepulturero de mi razón, mi humor, mi vida misma, Vertedero de romances. Papelera vana y sublime... Vomito sobre ti por los siglos de los siglos!». De repente me entraron ganas de aplastar el cigarrillo, reírme en tu cara y pedir uno de esos helados desbordantes de chocolate fundido con una sombrillita clavada en la nata.

EN BICICLETA

Esta noche, a pesar de la rodilla dolorida, he atravesado el insomnio con serenidad. El hecho merece ser recalcado. Se lo debo sin duda a una araña que tejía su tela a poca distancia de mi cama. Hace unas semanas, cuando me pasaba los días recorriendo las autopistas en bicicleta y las noches buscando el sueño, me habría sentido aterrorizado. «Una araña en el techo» constituía mi realidad más íntima, más constante, y no habría soportado la confrontación con el animal en carne y hueso —si así puede decirse, ya que se trata de un insecto privado en grado sumo de líquidos y grasas—. Me habría vuelto loco, loco de verdad, suponiendo que la depresión no sea ya una forma de locura. En todo caso, es comparable en algunas de sus manifestaciones a una araña que va tejiendo su tela: lentamente, con pausas destinadas a segregar el hilo. Salvo que no se trata de un hilo, sino más bien de una gigantesca interferencia de pistas que, aun conociendo momentos de calma, avanza ineludible como una tormenta. Pedalear por la autopista varias horas al día, utilizando toda la obstinación de los músculos y la voluntad, no cura de una enfermedad cuyos síntomas son los siguientes: no saber lo que se quiere, ni adónde ir, ni cómo comportarse; intentar aplastar los pensamientos como a un insecto dañino; tocar la hierba, el suelo, los propios zapatos; masticar pan durante horas y determinar su gusto (pero entonces el gusto del pan se inscribe en imágenes mentales, la palabra *gusto* le devora a uno el cerebro, la palabra *pan* se hincha como una levadura monstruosa); quedarse mucho tiempo en el agua tibia de la bañera, suplicar una salvación a esa agua, pedirle que hable a los poros, beberla, tibia y jabonosa, lamer el jabón como si fuera un antídoto: esperando vomitar; masturbarse obstinadamente; intentar erguir, para contrarrestar el sufrimiento físico, el miembro portador de un goce definido como «sexual»

—cuando en realidad sus raíces están en el cerebro y se niega obstinadamente a ello cuando el programa está saturado—; pensar en lo que uno lleva, lo que uno come, lo que uno toca o defeca; pensar con la fuerza de los músculos, las mandíbulas, las articulaciones, los esfínteres; esparcir los pensamientos allá donde el cerebro no está, a falta de poder controlarlos, y empujarlos hacia la periferia del cuerpo infectando hasta la piel.

Cuando uno está así, la simple visión de una araña basta para condenarlo.

La araña de esta noche era bonita: de cuerpo estrecho, ligeramente alargada, con las patas muy finas, desmesuradas, que tanteaban el aire hacia abajo, con delicadeza, como para medir su peso, temperatura y corrientes imperceptibles, para esbozar de antemano el trazado de su tela, con respeto y una suerte de conciencia de esos misteriosos límites donde la vida —toda la vida, que incluye la muerte— está saturada. De esa danza lenta, solitaria, de las patas blandas confiadas a la pesadez, dependía en último término la captura de la presa. A corto plazo, era un hilo que iba tensándose, invisible pero muy real, porque de vez en cuando la araña se paraba, recogía sus largas patas como se recoge un hilo de pesca, las agrupaba en torno a su cuerpo y las alzaba hacia arriba, en una maniobra que hubiera resultado imposible sin la presencia de la sólida línea que unía al animal con el techo.

Yo creí que, con ese balanceo suave, intentaría establecer una unión con el cabezal de mi cama, y acercarse así a mi cara, quizá recorrerla. Durante un instante me invadió la tentación de neutralizar al animal matándolo o encerrándolo en una caja. Pensándolo bien, la empresa se revelaba imposible: las arañas tienen una técnica de retirada tan fulgurante como calculadas están sus maniobras aéreas. Y, además, esa era muy bella, o quizá es que la había contemplado durante mucho tiempo. Prefería esperar y seguir observando, bien decidido a no moverme si llegaba a acoger el peso ínfimo del animal en la cara, su inquietante caricia. Ahí me quedé dormido, indiferente a los riesgos de la picadura, consciente solo del dolor en la rodilla, e imaginando que una araña obstinada lo provocaba ágilmente desde dentro, de la misma forma que late el corazón.

Cuando desperté esta mañana, la araña estaba suspendida exactamente encima de mi cara. Bastaba respirar un poco más fuerte para hacer que se

moviera y, tal vez, me cayera en la frente. Vi en ello un feliz presagio: había domesticado al monstruo, al contribuir sin duda, por el calor desprendido de la frente, a modificar su punto de sujeción. Desde ese momento, yo también quedaba atado: lo inaprensible se encontraba sujeto al hilo de irradiación de mi cara.

Creo que sé de dónde viene esa luz: tengo una especie de bestia en la rodilla, un corazón que late en el lugar de la herida. El perro me hirió o, mejor dicho, su aparición en la autopista. Giré brutalmente el manillar y me caí de la bicicleta. Ese día vi, como en tantos otros momentos, una ocasión para morir. Era quizá la más justa, la más propicia, la que llevaba esperando mucho tiempo. Pero no estoy muerto. En lugar de la nada, tengo una herida que respira como una bestia. Y por primera vez desde hace tiempo, estoy consiguiendo poner en orden mis pensamientos.

Antes, poner en orden mis pensamientos era una tarea imposible si no estaba montado en la bicicleta. Encontré esa solución, esas carreras solitarias en bicicleta por la autopista, como un remedio a mi confusión mental, cuyo origen se remonta, creo, no tanto a las horas siguientes a mi despedida de Hello-Fruits como al cumpleaños de Sergio, unos cuantos días más tarde. Fue entonces cuando empezaron a fallarme los puntos de apoyo, cuando le dije a todo el mundo que me había quedado sin trabajo.

El hecho de haber insultado a la señora Loupe, la gerente de Hello-Fruits, me procuró el momento más dichoso de mi existencia. Sin duda de ahí me vino el valor para cargarme inmediatamente todo ese periodo de mi vida. Un periodo que, desde que mi padre me dejó tirado, estaba compuesto por una serie de trabajitos más o menos interesantes. En cuanto a mi vida privada, esta se resumía en un celibato atravesado por algunas aventuras en los rincones de las discotecas gais o las saunas. Nunca llevaba a nadie a la habitación que tenía alquilada en el sexto piso de un edificio del barrio Norte, a menos que fuera un amigo en dificultades morales o psicológicas, cuyos ánimos siempre conseguía levantar con mi paciente escucha y mis fervientes consejos. Lo que a veces venía a continuación no merecía el nombre ni de aventura ni de relación amorosa. Como mucho, caprichos.

—Usted ya lleva demasiado tiempo engordando a mi costa —había dicho mirando a mi jefa de arriba abajo. La señora Loupe estaba cada día un

poco más gorda: los blandos mofletes, las piernas llenas de varices, los enormes brazos terminados en manos con dedos amorcillados como las carniceras de los tebeos. Sin embargo, solo vendía fruta, en canastas, en cestas, en sofisticados montajes que yo hacía por encargo, con un ingenio que insisto en creer único—. ¡Mírese! —añadí señalándole la barriga con el mentón—. ¡Una pera encima de una manzana! ¡Frutas bien gordas, señora Loupe, pero podridas por dentro, podridas, podridas! —Todo el odio que sentía había salpicado aquellas palabras mientras ella clavaba los ojos pequeños y redondos en mí, en mi mirada convertida en asesina tras meses de humillación.

Todo había empezado por unos comentarios sobre mi forma de vestir. Primero, no le gustaban las joyas que llevaba, hechas por Laura; el broche con un pequeño zafiro, el pendiente de plata entorchada, la cadena terminada en unos clavos con la punta aplastada en espátula. Tampoco la camisa indiana de algodón que llevaba sobre la piel desnuda. Quizá, simplemente, no le gustaban los homosexuales, o al menos los que, como yo, son fácilmente reconocibles. Creo que nunca se habría puesto en contra de un macho de pelo en pecho como Sergio. O que nunca le habría desagradado la mirada luminosa de Ignace, su calvicie precoz, su ropa siempre de buen corte. Pero ni Ignace ni Sergio habrían podido hacer, con una botella de cava y frutas, piñas, kiwis, higos y mangos, caquis, granadas, peras y plátanos, manzanas y uvas, según la temporada y la moda, esos montajes delirantes o distinguidos, según el cliente y el pedido: para la mujer amada, la fiesta de las secretarias, el vestíbulo de un hotel, la estancia de una estrella, un regalo de boda, un adorno navideño... Ni Ignace ni Sergio habrían podido descubrir en los mercados esos originales recipientes, cestos de mimbre, faroles de metal, tulipas, macetas, boles chinos, cajas indonesias, una mandolina, algún cascajo de cuero, un abanico de plumas que provocaba la sorpresa del cliente y su deseo de regresar. Después de todo, quizá ni Ignace ni Sergio habrían tenido más gracia que yo delante de la señora Loupe. Pero en el agujero donde trabajan no hay ninguna señora Loupe, o, si la hay, se funde en la masa de gente que trabaja en la informática o el *prêt-à-porter*, esos semilleros de hombres de negocios o

vendedores eméritos a quienes, a pesar de llevar traje y corbata, nadie exige cuentas acerca de sus preferencias sexuales.

La forma de vestir era solo un pretexto. Creo que en realidad la señora Loupe no soportaba que yo fuera guapo y, además, que se me dieran tan bien los centros frutales. El volumen de ventas había crecido mucho desde mi llegada a la empresa y, curiosamente, el volumen carnal de la señora Loupe aumentaba en consecuencia. Tenía esa edad en que las ilusiones empiezan a caerse con los primeros cabellos. Porque a las mujeres también se les cae el pelo, y la señora Loupe siempre tenía una cantidad nada desdeñable de pelos en el cuello de su vestido negro, de sus vestidos negros, más bien, porque creo que su creciente gordura exigía nuevos modelos cada mes. Odio la fealdad, me resulta insoportable. Es verdad que los hombres más bellos de una ciudad, de un país, del planeta entero, son homosexuales, y eso desde los griegos, es decir, desde siempre. Nuestra mirada no está acostumbrada a frecuentar la fealdad y la dejadez. Cuidamos nuestra apariencia: no conozco excepción a esa regla, al menos entre mis amigos. Sea como fuere, la señora Loupe debía de consagrar a la belleza el odio con el que yo condeno a la gente fea. Nuestra relación se precipitaba inevitablemente al fracaso. La pena —muy grande— es que escondiera el álbum donde había pegado las fotos de mis creaciones originales. Creo que lo utilizará para seducir a la clientela y hacerla creer que mi sucesor será tan genial como yo.

Todo tiene un final, hasta el talento de un equilibrista o una moral más tensa que un hilo de acero. Pequeños trabajos, sustituciones, jugando al juego del chico que siempre acaba apañándose bien, que encanta a todo el mundo con una infinita aptitud para la adaptación... Un día, porque una señora Loupe te echa a la calle como a un perro, uno tiene ganas de sincerarse con los amigos, de desnudarse por una vez, de explicar las cosas cuando ocurren, y no semanas más tarde, cuando ya ha encontrado trabajo. Así que en el cumpleaños de Sergio, en el momento del aperitivo, solté la bomba. —Llegué a insultar a la señora Loupe, y de verdad que me quedé a gusto... Imaginad lo que le dije... —Todo el mundo me escuchaba con admiración y el vaso en la mano: solo hablaba de mí mismo para caricaturizar a mis sucesivos jefes y reírme a su costa, pero de ahí a

imaginar que llegaría a enfrentarme cara a cara con uno de ellos, y encima con la Loupe, cuyo sadismo semanal me había proporcionado mis mejores imitaciones... Podía saborear aquella repentina admiración, recompensa tras decenas de noches empleadas en hacer reír al personal, y añadir a modo de colofón—: De golpe, me he quedado sin trabajo... —Las sonrisas se congelaron un poco, mientras proseguía—:... Y me da absolutamente igual. —En realidad, no era nada nuevo, y noté que las conversaciones volvían a retomarse, cuando de repente solté una frase a bocajarro y, antes de que pudiera comprender lo que pasaba, ya estaba allí, coleando en la asamblea como un pez salido del bocal—:... Ya no voy a buscar más, estoy harto de estar siempre cambiando, de presentar el currículum con los cambios de empresa recortados. —Luego, de forma natural, empecé a explicar lo que siempre había callado, es decir, el contexto general de aquel desastre íntimo, y precisé que había que tener en cuenta el hecho siguiente: dos años antes, mi padre me había echado de casa, o más bien me había dicho—: «O vives como todo el mundo, o te vas y no vuelves nunca». Generalmente, «como todo el mundo» significa aprobar los exámenes, tener un trabajo, una novia, casarse, tener hijos, ¿no? —añadí con aire provocador ante Sergio y los demás. Algunos se echaron a reír, otros parecían incómodos. Laura se acercó a mí, compasiva—: Phil, nunca me habías contado eso de tu padre... —Mi pequeña Laura —dije—, que nunca os hable de mí no significa que no tenga problemas, como todo el mundo. —Lancé una mirada circular antes de proseguir—: Expulsado de casa, sin dinero para seguir estudiando, sí, absolutamente sin nada, y así sigo, no hay razón para que la cosa cambie, una vez que uno se ha salido del buen camino no hay razón para creer que alguien te pondrá de nuevo en él, y se encuentran señoras Loupe o gente que al cabo del rato ya no te necesita. Y vosotros tampoco me necesitáis. ¡Y yo no necesito a nadie, a nadie! —Los amigos me miraban consternados, impotentes, porque yo no necesitaba a nadie. Lo repetí, y Laura también se quedó sin voz, sin un gesto, ella, que sabe acariciarme la mejilla o pasarme la mano por el pelo cuando imagina que lo necesito. Todos habían sido lo bastante amables como para llevarme a ese punto: anunciar públicamente que me habían echado, y que a ello se añadía el hecho de que hacía algún tiempo que me había convertido en la oveja

negra de la familia. Hasta esa confesión, todos habían creído en mí, siempre habían pensado que me las arreglaría, que nunca dejaría de reanudar mi lucha frente a todo, contra todo..., pero ahí, en casa de Sergio, su impotencia me estallaba en la cara. Nunca habían tenido que cargar conmigo, jamás les había dejado seguir mis estados de ánimo, al contrario, siempre era yo el que escuchaba confesiones a cualquier hora del día o de la noche. Y ahora, que llegaba mi turno, no había nadie. Normal. Durante todos esos años en que me había contentado con sanar mi vida mediante el cuidado de heridas ajenas, en realidad estaba dejando caer sobre mis amigos todo el peso de mi compasión. Mi proverbial disponibilidad era un grito de angustia, un regalo que nadie se atrevía a abrir, queapestaba a desesperación. Y cuando esa desesperación tomó cuerpo en el salón de Sergio, cuando abrí sencillamente mi corazón y todos pudieron ver que contenía una carne jadeante, cortada por innumerables cicatrices, su silencio tuvo el efecto de una sentencia. Como si esa gente que creía cercana no lo fuera, en realidad, más que por la ocasión que tantas veces me habían dado de mostrar un corazón noble, consagrado al bien ajeno, y no solamente el artista de servicio, la víctima de la señora Loupe y otros esclavistas injustamente llamados «empleadores». Ignace y Sergio, puesto que disfrutaban de una situación estable, incluso brillante, no tenían ni necesidad ni tiempo de compadecer a nadie; la misma Laura solo actuaba así por saciedad, cuando la felicidad ligada al éxito de sus creaciones amenazaba con ahogarla o con acrecentar su orgullo a riesgo de empañar su imagen. Al interesarse por mí se purificaba, con una caricia, una sonrisa, y eso la devolvía al nivel del resto de los seres humanos para su propia tranquilidad. Todo eso pensé aquella noche, en la fiesta de Sergio. En un abrir y cerrar de ojos comprendí que ya no ayudaría a nadie más, y que ante la impotencia de mis amigos respondería, desde ese momento, con la mía propia.

Tampoco el perro podía contar con nadie. Sin embargo, recuerdo que al menos media docena de personas queríamos salvarlo. Proclamando, mediante nuestros gritos, nuestra gesticulación, nuestros conciliábulos febriles en el arcén de la autopista, una impotencia tan vasta como el cielo. Vi a dos mujeres —una que se negaba a salir del coche, mientras que su

compañera, una chica muy gorda, parecía fuera de sí— y a dos hombres, el tipo con el jersey de cuello alto negro y el camionero bajito que bajó del semirremolque y empezó a hacer gestos a los coches para que frenaran. Pensándolo mejor, creo que había otra mujer, pero apenas le presté atención. Me acuerdo sobre todo del camionero, fue la primera persona que vi después de la caída. Por un momento creí que quería ayudarme, porque me quedé un rato sentado en el suelo, sin poder moverme a causa del intenso dolor en la rodilla. En realidad, era que había visto al perro, como todos los que pararon.

¿Por qué me caí? O, mejor dicho, ¿qué fuerza misteriosa atrajo mi mirada hacia la carrera del perro, a mi izquierda, por el terraplén central, mientras que entre él y yo los coches proseguían con su zumbido embrutecedor? En general, miro rigurosamente hacia delante. He llegado a la conclusión de que estaba dispuesto a ver a ese perro, a dirigir hacia él la mirada, las manos, el manillar, y provocar así una caída tan inesperada como dolorosa. Sin duda, durante mis carreras solitarias había llegado al fondo del desaliento sin darme cuenta, junto con una especie de degradación de mi salud mental. Todo había llegado de forma progresiva. Tras el cumpleaños de Sergio, cuando anuncié delante de todos que me habían echado del trabajo, cogí la bicicleta y me fui hacia la autopista. Esa misma noche me embriagué de libertad y de aire lluvioso, y luego todos los días. Al principio, de noche, manteniéndome en el extremo derecho del arcén, reservado a las ambulancias y los vehículos averiados. Corría como si bebiera, como si me drogara: a la espera del momento en el que la embriaguez nacida del flujo de oxígeno en la sangre se combinara con el rumor de los vehículos para llevarme a un segundo estado en el que el «viaje» adquiriría el aspecto de la cinta gris, uniformemente lisa y plana, la cual sustituía al demente carrusel de los pensamientos siniestros, simplemente lo eclipsaba. Muy pronto, la fuerza de la costumbre me obligó a virar mi trayectoria y acercarla a la de los coches que, al instante, empezaban a rozarme con sus ruidos de claxon, alargados por la velocidad como si fueran lamentos. Luego decidí correr de día, para que me vieran, creo, quizá para que me detuvieran y, en caso de reincidencia —porque la habría—, la policía, los tribunales, la sociedad entera me sancionaran. Ese

riesgo suplementario transformó el carácter terapéutico de mi aventura en un acto político, un desafío lanzado a la cara de las autoridades que habían permitido construir las autopistas, pulverizar los senderos propicios a los paseos en bici y la fragante procesión de árboles y setos vivos, apestar el aire, reducir a la nada la comunicación entre los hombres, encerrados en sus jaulas sobre ruedas, en las que se adivina, mejor que en ningún otro objeto fabricado por la tecnología moderna, un ataúd. A los ataúdes-automóviles oponía yo el sutil deslizamiento de la bicicleta, el movimiento engrasado de los músculos, y un límpido espacio mental pulido por la fidelidad a una línea única, de circulación prohibida, arriesgada, y así bordeaba, insolente, los caminos marcados.

En casa de Sergio dije que me había quedado a gusto al insultar a la gerente de Hello-Fruits. Creo que de volver atrás, seguiría sintiendo lo mismo, y la misma noche volvería a lanzarme a la autopista. En realidad, al abandonar tan bruscamente a mis amigos, abandonaba la sociedad de la gente que trabaja y que, por tanto, tiene razones para quedar y divertirse. Y me reí, claro, cuando me encontré corriendo de noche por la autopista, me reí al imaginar sus comentarios desolados, y esa mala conciencia más ligera que un sudor de fiesta que eliminarían con la ducha nocturna. Pero pronto, al día siguiente, al montar en bicicleta comprendí que ya no se trataba de divertirse, ni siquiera a costa de mí mismo, ni de arrojar al mundo mi triunfante desprecio. Correr es un trabajo, una especie de construcción encarnizada de algo en mi interior, cuya forma no distingo, pero que posee la insolencia y la fragilidad de un dique frente al mar enfurecido. Todo ello con la rutina gris de fondo, la cinta de la autopista, sin mar embravecido ni peligro inmediato alguno. ¿Por qué correr? ¿Para quién? Ahora creo que empecé a correr para no matarme, por debilidad, y el final de la aventura consistía en correr el tiempo suficiente y con la perseverancia justa para ver desaparecer la idea misma del suicidio. Sin embargo, en el momento en que me creía salvado, apareció el perro, como si frente a mí se materializara una carrera voluntaria hacia la muerte. Entonces me caí.

Desde ese día, no he vuelto a montar en bicicleta. La herida está cerrándose. Ayer la costra se desprendió, y la piel se arruga en los bordes, como si un hilo corredizo la fuera juntando alrededor de la hendidura de

carne limpia y púrpura que me recuerda a un escroto. Conservaré esta cicatriz durante mucho tiempo, quizá hasta el final, que imagino en torno a los ochenta años, como todo el mundo. Como todo el mundo, resistiré cada día a la idea de la muerte. Pronto diré que lo que me pasa a mí es lo mismo que les pasa a todos los parados de mi generación. Nada más y nada menos. Un perro loco, corriendo como esos conejos mecánicos que alguien arroja frente a una jauría de galgos. Pero no había ningún galgo, nadie lo perseguía, a nadie le interesaba. Y lo mismo pasa con nosotros, jóvenes en perfecto estado de salud y dotados de un coeficiente intelectual más que conveniente, que corremos extenuados sin que nadie nos persiga, nos busque siquiera, ni nuestros mejores amigos. Entonces, ¿por qué? ¿Detrás de qué corremos? No hay sitio para nosotros en ninguno de esos coches arrastrados por el flujo de los desplazamientos profesionales con indiferente vigor. ¿Quién querría detenerse por una causa perdida de antemano?

Ayer vino a verme Laura. Está convencida de que todavía cargo con el peso del juicio de mi padre y, por extensión, con el peso de este Occidente que llamamos «democrático» en memoria de los griegos, y que, sin embargo, nunca ha dejado de excluir a los homosexuales. —Pero ¿por qué entristecerse ante esa reacción? —añadió—, ¿por qué no alegrarse y ver en ella una ocasión que nos obligue a desarrollarnos en libertad, según nuestro propio genio, y crear delante de las narices de las mentes cerradas una sociedad al margen que se parezca a una verdadera familia? —Ese pequeño mundo, fantasioso y acogedor, podemos encontrarlo en casa de Sergio—. Tienes que volver, Phil, tienes que volver con nosotros. —Se calló y me pasó por el cuello una cadena terminada en ocho clavos lisos en forma de estrella, y un ópalo brillante en el centro. Parecía una pequeña araña.